

Editorial

El primer trimestre de 1994 no ha sido, por desgracia, parco en desventuras. Algunas provocadas por la furia de los elementos naturales, que al desbordarse recuerdan siempre nuestra pequeñez, nuestra impotencia. Otras, las peores, las más dolorosas, producidas por la inclemencia humana. Es inevitable, a este respecto, recordar la crueldad desatada en la antigua Yugoslavia, la sangre incesante que derramamos todos, por acción o por omisión, en esa doliente Sarajevo que se ha hecho ya monumento del odio, de la ceguera, de la brutalidad. También, la rebelión de Chiapas, nuevo testimonio de una opresión vieja, infamante, vejatoria; una opresión que obliga a la respuesta violenta cuando no queda ya margen para la paciencia, para el hambre, para el miedo.

Son ambos, quizás, los fenómenos más relevantes de un panorama sembrado de desamor y desencuentros. Pero no son los únicos. Convivimos con otros que se han hecho ya cotidianos, que han dejado de ser noticiables por su misma permanencia: como el hundimiento progresivo de grandes zonas del continente africano, desertificado, desnutrido hasta la agonía y olvidado; o como la pobreza en **aumento en nuestras despilfarradoras y crueles ciudades**, generadora de inhumanidad y de barbarie.

Aún siendo muy diferente, no deja de tener algún elemento en común el hecho más relevante del panorama político español durante este primer trimestre: la huelga general del 27 de enero. Una huelga sin horizontes, sin perspectivas, a la que han tenido que llegar los sindicatos ante la actitud de Gobierno y patronal. Una huelga, por eso, inevitable, pero probablemente inútil.

Hay, como se apuntaba, un elemento común en todos estos fenómenos: la desesperanza. Pasiva hasta la extinción, como en África, o activa, pero sin ilusión ni norte, obligada, como en los otros casos. Nuestro caótico mundo nos va sumiendo crecientemente en ella y nos conduce a adoptar reacciones que de ella ante todo se nutren. Son las reacciones de quienes sienten que su destino escapa de sus manos, que su vida está sometida al albur de

fuerzas todopoderosas frente a las que sólo cabe el sometimiento o un rechazo desesperado. Fuerzas cada vez más lejanas, cada vez menos tangibles, cada vez más incontestables, que parecen conformar una realidad fatídica frente a la que no caben alternativas racionales.

Ciertamente, quienes no hayan perdido todavía la esperanza saben que este panorama no puede ser inevitable: que tiene que haber alternativas a la violencia, a la explotación y a la política rampantemente liberal que hace progresivamente desiguales, injustas e invivibles nuestras sociedades. Pero deben saber también que esas alternativas no pueden basarse sólo en lo que el corazón tozudamente indica, sino en lo que la inteligencia apunta. Que el bienestar de los favorecidos peligra seriamente si no se contempla la necesidad de repartirlo y extenderlo. Que la incapacidad de los desfavorecidos se convertiría en fuerza incontenible si aprendieran a entenderse, a superar las diferencias circunstanciales para hermanarse en los problemas de fondo.

Y que para todo ello hacen falta urgentemente en nuestro tiempo virtudes propias del sentido común: amplitud de miras, tolerancia, voluntad de diálogo. Virtudes, desde luego, que no excluyen la firmeza en los valores propios, pero que se revelan como prioritarias frente a la crisis global de nuestro tiempo.

Acontecimiento analiza en su sección central en este número uno de estos fenómenos generadores de desesperanza y frente al que no se divisan respuestas operativas desde una perspectiva de equidad: el crecimiento del malestar incluso en las sociedades más avanzadas, el rápido deterioro del llamado Estado de Bienestar. Quizás también en este punto el problema de base radique en la incapacidad de diálogo, en la disolución de la alianza mayoritaria que contribuyó a su consolidación. Y quizás, por ello, la solución —ciertamente más política que técnica— sólo pueda encontrarse en el diálogo entre todos los que desconfían de que el mercado por sí solo pueda conformar una sociedad digna del ser humano: en el diálogo para la generación de una nueva mayoría impulsora de progreso, democracia, justicia y solidaridad. **A**